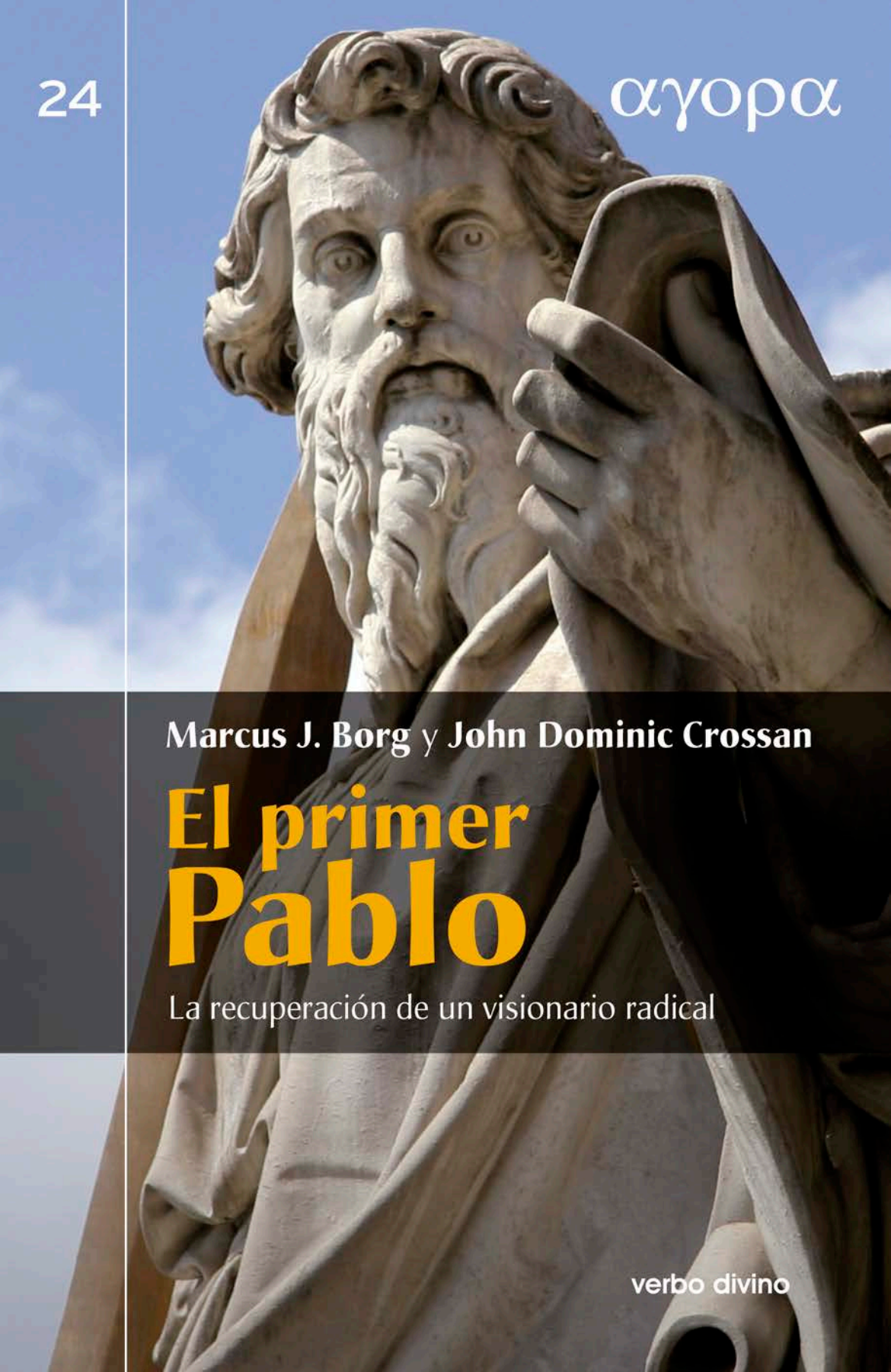
24

αγορα



Marcus J. Borg y John Dominic Crossan

El primer Pablo

La recuperación de un visionario radical

verbo divino

I

Pablo: ¿personaje atrayente o repulsivo?

Después de Jesús, Pablo es el personaje más importante de los orígenes del cristianismo. Sin embargo, en general no goza de buena estima, ni siquiera entre los cristianos. Hay quienes lo encuentran atrayente, para otros es repulsivo, los hay que no tienen claro qué pensar de él y otros que apenas lo conocen.

En la portada del periódico *Newsweek* del 6 de mayo de 2002, encontrábamos la siguiente pregunta: «¿Qué quería hacer Jesús?». En las páginas del interior también se abordaba la figura de Pablo citando pasajes suyos en los que se ve que era partidario de la esclavitud, el antisemitismo, la misoginia y el heterosexismo:

> La Biblia apoya la esclavitud en los siguientes términos: «Esclavos, obedeced a vuestros amos con temor y temblor, con determinación, tal como obedecéis a Cristo», escribe San Pablo. El antisemitismo se ha justificado durante mucho tiempo con pasajes como el que hallamos en 1 Tesalonicenses: los judíos «mataron al Señor Jesús y a los profetas». Y el sometimiento de las mujeres encontraba su fundamento en 1 Timoteo: «Como en todas las iglesias de los santos, que la mujer no hable en las iglesias [...]. Si hay algo que quieran saber, que les pregunten a sus maridos en casa. Pues es vergonzoso que una mujer hable en la iglesia». Y, sin embargo, ha habido personas cultas que se han regido por la visión del mundo que aparece en estos pasajes [...].

> Y si la ciencia nos dice hoy día que ser gay es un estado «natural», ¿cómo puede la Biblia, incluyendo la condena de las relaciones homosexuales que hace Pablo en la carta a los Romanos, considerar categóricamente la homosexualidad como una relación «antinatural»?

Éstos son algunos de los pasajes de las cartas atribuidas a Pablo que muchas personas encuentran más repulsivos que atrayentes. Por consiguiente, vamos a comenzar nuestro estudio sobre Pablo hablando de su importancia, de las razones en las que se apoya la ambivalencia de su fama y de los fundamentos en que basamos nuestra forma de verlo.

La importancia de Pablo resulta obvia a partir del mismo Nuevo Testamento. En efecto, éste consta de veintisiete «libros», aunque llamarlos «libros» es un tanto equívoco, pues algunos solamente tienen una o varias páginas. De los veintisiete, trece son cartas que se atribuyen a Pablo. Como pronto veremos, no todas fueron realmente escritas por Pablo, aunque llevan su nombre. Añadamos a este dato la presencia de Pablo en el libro de Hechos: de sus veintiocho capítulos, Pablo es el protagonista principal en dieciséis. Así pues, la mitad del Nuevo Testamento gira en torno a Pablo.

Además, según el Nuevo Testamento, Pablo fue el principal responsable de expandir el movimiento primitivo de Jesús, al incluir tanto a los paganos (los no judíos) como a los judíos. Con el paso del tiempo, el movimiento se convirtió en una nueva religión, si bien Pablo (al igual que Jesús) era un judío consciente de estar realizando su obra en el seno del judaísmo. Ni siquiera se tenía la intención de que surgiera una nueva religión como consecuencia de la expansión.

Ahora bien, esto no significa que el cristianismo sea un error, sino que sus dos personajes fundacionales más importantes eran judíos y que sentían verdadera pasión por el Dios de Israel y por su pueblo. Cuando Pablo se dirigía a los paganos les proclamaba el Dios de Israel que se había revelado en Jesús. No obstante, Pablo, más que cualquier otro personaje

del Nuevo Testamento, fue el responsable de la aparición del cristianismo como una nueva religión, que, aunque incluía a los judíos, fue separándose cada vez más del judaísmo.

La importancia de Pablo no se reduce solamente al Nuevo Testamento, sino que se extiende a la historia posterior del cristianismo. Su obra ha sido determinante para muchos de sus teólogos y reformadores. San Agustín (354-430) se convirtió al cristianismo por un pasaje de Pablo. Antes de su conversión, Agustín era un joven complicado de gran talento que tuvo un hijo de una mujer con quien no estaba casado. Su itinerario espiritual le condujo, a través de la filosofía, al maniqueísmo, una religión para la que era fundamental la diferencia entre la carne y el espíritu: la carne era totalmente mala y el espíritu absolutamente bueno.

Según nos cuenta Agustín, un día oyó que un niño cantaba «Toma y lee», y tomó, efectivamente, una copia del Nuevo Testamento. Sus ojos fueron a posarse sobre el pasaje de Romanos 13,13-14:

> Nada de comilonas y borracheras; nada de lujurias y desenfrenos; nada de rivalidades y envidias. Revestíos más bien del Señor Jesucristo...

En sus *Confesiones,* considerada la primera autobiografía espiritual de la historia de la literatura, nos dice:

> No quise leer más adelante [...] porque nada más acabar de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas.

Tras esta experiencia, que tuvo gracias a la mediación de Pablo, Agustín llegaría a convertirse en el teólogo más influyente del primer milenio cristiano.

Durante los mil años que transcurrieron entre Agustín y la Reforma protestante, Pablo siguió siendo venerado porque sus escritos formaban parte de la Sagrada Escritura. Pero con la Reforma su figura se hizo decisivamente importante para los pro-

testantes. Martín Lutero (1483-1546) tuvo la experiencia transformadora de la gracia radical mientras preparaba unas lecciones sobre Pablo, cuya obra se convirtió en el fundamento de su teología, sobre todo por las contraposiciones que hace entre gracia y ley, y entre fe y obras, unos términos que han constituido el paradigma fundamental del pensamiento luterano desde entonces.

Juan Calvino (1509-1564), otro de los grandes reformadores protestantes, también hizo de Pablo el eje central de su teología. Son millones los protestantes que se consideran herederos teológicos de Calvino: puritanos, presbiterianos, bautistas, congregacionalistas (actualmente, la Iglesia Unida de Cristo) y otras tantas denominaciones.

Dos siglos después, Pablo volvió a jugar un papel esencial en el nacimiento de la Iglesia metodista. Su fundador, John Wesley (1703-1791), se convirtió con el objetivo de reformar la Iglesia de Inglaterra mientras escuchaba un comentario de Lutero sobre la carta a los Romanos. Su actividad llevó finalmente al nacimiento de una nueva denominación, que en la actualidad es la segunda iglesia protestante más numerosa de Norteamérica. Así pues, tanto si lo saben como si no, Pablo es el principal antepasado teológico de los cientos de millones de protestantes que están repartidos por todo el mundo.

1. *La ambivalente fama de Pablo*

Resulta obvio decir que Pablo realmente interesa. Ahora bien, cómo y cuánto interesa son cuestiones que varían considerablemente entre los cristianos. Nos encontramos con ideas sobre Pablo que difieren a la hora de entender su importancia, su mensaje y su persona. Hasta cierto punto, podemos decir lo mismo de Jesús, pues también es sujeto de diferentes interpretaciones. Ahora bien, mientras que todos los cristianos están de acuerdo en que Jesús es admirable, agradable y atrayente, no piensan lo mismo de Pablo.

2. *El Pablo católico y el Pablo protestante*

Los católicos y los protestantes valoran de forma muy diferente la importancia de Pablo. Los protestantes (al menos históricamente –no estamos seguros si también lo es en la actualidad–) entienden el cristianismo a partir de la interpretación de la teología y del lenguaje de Pablo. Los católicos, en cambio, no lo entienden así. Aunque lo veneran como santo y consideran sus cartas como parte de la Sagrada Escritura, los católicos no lo han convertido en el centro de su sistema como, en cambio, sí lo han hecho los protestantes. Podemos ver claramente esta diferencia siguiendo la historia de la teología protestante y católica desde la Reforma. Pero nosotros vamos a ilustrarla desde nuestra trayectoria personal.

Borg: En el luteranismo donde crecí, Pablo era más importante que Jesús. Ahora bien, ninguno de mis pastores o catequistas de la escuela dominical me dijeron nada semejante. De hecho, se hubieran quedado perplejos ante una afirmación así. Pero al volver la vista atrás, resulta evidente que me enseñaron a ver a Jesús y a Dios y también los evangelios a través de una lente paulina mediatizada por Lutero. Bien es cierto que, felizmente, no era nada consciente de ello. Daba por supuesto que *nuestro* modo de ver a Jesús, a Dios y el cristianismo no era *un* modo de ver, sino *el* modo de ver.

Como luterano, pensaba que el mensaje esencial del cristianismo era «la justificación por la gracia mediante la fe», una frase tanto paulina como luterana que a menudo se abrevia con la fórmula «justificación por la fe». Para mí significaba que era aceptado por Dios «por la fe», y la fe implicaba creer en Jesús y en Dios tal como lo entendieron Pablo y Lutero.

Hasta que no entré en el Seminario, con mis veinte años cumplidos, no me di cuenta de lo luterana que era mi forma de entender a Pablo y el evangelio. No es que la perspectiva luterana fuera simplemente errónea –de hecho, es mucho mejor que otras–. Pero aprendí que existían otras perspectivas sobre

Pablo que acrecentaban la riqueza y la grandeza de su pensamiento.

Décadas después, en otro Seminario, experimenté en primera persona la diferencia que sobre Pablo existe entre la perspectiva católica y la protestante. Siendo profesor visitante de Nuevo Testamento en un consorcio teológico en el que también se hallaban integrados tres seminarios católicos, me encontré con estudiantes católicos en mis clases. Mientras explicaba la idea paulina de la justificación por la gracia, advertí que varios estudiantes católicos miraban atónitos, y uno de ellos me preguntó: «¿Qué significa todo esto de la "justificación por la gracia"? ¿Por qué es tan importante?». Caí en la cuenta de que la frase les resultaba extraña. Su perplejidad no expresaba simpleza teológica, sino que era resultado del diferente significado que para los protestantes y los católicos tiene el pensamiento de Pablo.

Crossan: Por mi parte, crecí, felizmente, sin tener conocimiento de las contradictorias interpretaciones de Pablo o incluso de las terribles controversias que sobre él se suscitaron con la Reforma. Como católico, lo conocía por la fiesta del día 29 de junio dedicada a los santos Pedro y Pablo, que, según recuerdo, en la Irlanda de los años treinta y cuarenta, era día de precepto, como el domingo.

Posteriormente, en 1945, en mi bachillerato de humanidades y lenguas clásicas, me tope con «Rómulo y Remo», y caí en la cuenta de que los gemelos héroes de la Roma pagana habían sido reemplazados por «Petrus et Paulus», los gemelos héroes de la Roma cristiana –la doble R cedía sin problemas ante la doble P– que siempre aparecían justamente en ese orden.

En 1959, cuando pisé por primera vez la plaza de San Pedro en Roma, y miré las esculturas de San Pedro (en la parte principal de la basílica o la parte del evangelio) y San Pablo (en un segundo lugar o la parte de la epístola), me di cuenta de que su unidad se debía a que eran apóstoles que habían sido martirizados por igual en Roma. Pablo no estaba allí porque hu-

biera sido escritor o teólogo, sino porque fue mártir. Y así, efectivamente, mientras que Pedro tenía las llaves en sus manos, Pablo, en cambio, no tenía sus epístolas.

Por entonces ya sabía que en el Nuevo Testamento había cierta tensión entre ambos personajes. Pablo acusó a Pedro «cara a cara» de «hipocresía» –por dos veces– (Gal 2,11-13). Y, posteriormente, un autor que escribía en nombre de Pedro decía que «nuestro amado hermano Pablo os escribió según la sabiduría que le fue otorgada [...] en todas sus cartas. Hay en ellas cosas difíciles de entender, que los ignorantes y los inestables tergiversan para su propia destrucción, al igual que hacen con otras escrituras» (2 Pe 3,15-16).

Así pues, aquellas dos esculturas en la plaza de San Pedro representaban la reconciliación visual de un proceso que se remontaba al siglo IV, cuando ambos fueron reconocidos como los fundadores mártires de la nueva Roma cristiana (¡al mismo nivel que Constantinopla!).

Para terminar, concluyo con una imagen icónica de aquella reconciliación fundacional del siglo IV. Se trata de una lámpara para colgar que se encontró en la villa del aristócrata Valerio, situada en el monte Celio de Roma y que actualmente se conserva en el Museo Arqueológico Nacional de Florencia. La lámpara tiene forma de barca. Pedro está sentado en la popa con el timón. Pablo se encuentra en la proa mirando al frente. Pedro timonea. Pablo guía. Y la barca navega a toda vela contra el viento.

Al escribir este libro conjuntamente en este «Año Paulino», que el papa Benedicto XVI ha proclamado desde el 29 de junio de 2008 hasta el 29 de junio de 2009, compartimos la esperanza de poder sacar a Pablo del mundo de la Reforma para devolverlo al mundo romano y verlo así no como alguien que opone el cristianismo al judaísmo o el protestantismo al catolicismo, sino como la persona que contrapuso las tradiciones judías de la alianza a la teología imperial de Roma.

Aun cuando los protestantes están de acuerdo en la importancia de Pablo, no todos entienden su mensaje de igual forma. Hay entre ellos dos enfoques completamente opuestos. Para unos, Pablo ha sido el mediador de la gracia radical, de la gracia sin condiciones. Tal fue la visión de Lutero: el mensaje de la justificación por la gracia mediante la fe le provocó una gozosa liberación de su obsesivo esfuerzo por hacerse justo ante Dios cumpliendo todos sus mandamientos, una terrible empresa que le atormentaba a sus treinta años. Para Lutero, la gracia radical significaba que Dios nos acepta tal como somos y que la vida cristiana consiste en vivir cada vez más según esta comprensión, no en estar a la altura de las obligaciones. El mensaje de Pablo ponía fin a las obligaciones como fundamento de nuestra relación con Dios.

Sin embargo, hay otros protestantes, entre quienes se incluyen muchos sucesores de Lutero, que piensan que la teología de Pablo no debe entenderse como la abolición de las obligaciones, sino como la nueva obligación; es decir, que debemos poner en práctica su teología para poder salvarnos.

En su forma genuinamente luterana, a pesar del énfasis puesto en la gracia de Dios, la «justificación por la gracia mediante la fe» suena a «justificación por la fe», implicando así una aterradora forma de justicia de las obras: la «obra» consiste en «creer». La fe significa creer en un conjunto de doctrinas (luteranas) que conducen a la salvación. Lo que Lutero experimentó como gozosa liberación de su obsesión se convirtió en la fuente de una obsesión más profunda. La fe –el creer– se transforma en la nueva obligación a cuya altura debemos situarnos.

Esta idea –que nos salvamos creyendo un conjunto de doctrinas sobre Jesús, Dios y la Biblia– sigue estando en vigor entre muchos protestantes contemporáneos, sobre todo entre los que insisten en que el fundamento de ser cristiano, y, por tanto, la condición necesaria para la salvación, es «creer lo correcto».

3. *Pablo el saboteador*

Además de las diferentes interpretaciones que hacen de Pablo quienes lo contemplan positivamente, nos encontramos con un creciente número de cristianos que tienen de él una impresión negativa.

La razón que algunos aducen es que les resulta difícil leer y entender sus cartas. Son muy diferentes de los evangelios, tan repletos, como están, de historias y enseñanzas memorables. En efecto, puesto que son cartas escritas a comunidades cristianas que ya habían recibido la enseñanza sobre Jesús, apenas hacen referencia a su mensaje y su doctrina. A muchos lectores les repelen por ser tan «teológicas» en el sentido negativo de palabra; es decir, por ser más abstractas que concretas, más farragosas que memorables.

Además, las cartas de Pablo tratan de asuntos propios de estas comunidades, de sus disputas y conflictos, por lo que aparentemente no tienen mucho sentido si no conocemos exhaustivamente su contexto específico. Al leer a Pablo estamos leyendo una carta enviada a alguien, por lo que su contenido resultará bastante opaco a menos que conozcamos la situación del destinatario.

Al principio de este capítulo mencionamos una tercera razón, concretamente los pasajes de las cartas atribuidas a Pablo que apoyan la esclavitud, el sometimiento de la mujer y la condena de la homosexualidad. A lo largo de la historia del cristianismo se han utilizado estos textos para justificar sistemas opresivos. Hasta hace sólo ciento cincuenta años, algunos cristianos usaban los pasajes paulinos para hacer apología de la esclavitud. Howard Thurman, un famoso pastor afro-americano, teólogo y místico de mediados del siglo XX, decía que su madre, una cristiana profundamente piadosa, no quería leer a Pablo precisamente por los pasajes donde habla sobre la esclavitud.

El sometimiento de la mujer en la Iglesia y la sociedad ha perdurado mucho más que la cuestión de la esclavitud. Tan

sólo en los últimos cuarenta años se han decidido las principales denominaciones protestantes a ordenar a las mujeres, pero no así la Iglesia católica ni la mayoría de las iglesias protestantes conservadoras. En muchas de éstas se sigue enseñando que la mujer debe estar sometida al marido. Los pasajes de las cartas de Pablo les proveen la justificación fundamental. De igual modo, la condena de la homosexualidad se mantiene en muchas iglesias, e incluso en aquellas que están cambiando su posición, el cambio provoca, con frecuencia, conflictos.

Así pues, se ha utilizado a Pablo para apoyar sistemas de convenciones culturales que han oprimido a más de la mitad de la humanidad. No es extraño, por tanto, que Pablo resulte repelente a los esclavos, las mujeres, los gays y las lesbianas, y a quienes los apoyan.

Además de lo dicho, queremos llamar la atención sobre un pasaje de Pablo, no mencionado en el artículo de *Newsweek,* que se ha utilizado para justificar los sistemas opresivos. Nos referimos a Rom 13,1-7, cuyas famosas primeras líneas citamos:

> Sométanse todos a las autoridades constituidas, pues no hay autoridad que no provenga de Dios, y las autoridades que existen, han sido instituidas por Dios. Por tanto, quien se opone a la autoridad, se opone a lo ordenado por Dios, y los que se oponen sufrirán el juicio.

En una antigua traducción encontramos la sucinta y conocida frase: «Los poderes que existen son ordenados por Dios». Durante siglos, este pasaje ha sido usado por los gobernantes cristianos para legitimar su gobierno y exigir la obediencia correspondiente. En general, se ha entendido en el sentido de que los cristianos tenían que guardar silencio en los asuntos políticos.

Regresaremos sobre este pasaje en el capítulo 4. Por ahora, basta con que advirtamos que durante la II Guerra Mundial,

muchos cristianos alemanes usaron este pasaje para justificar su obediencia al III Reich. Un hecho más cercano a nuestro tiempo y lugar es que fueron muchos los cristianos de nuestro país que se opusieron a la desobediencia civil durante el movimiento por los derechos civiles. Y, más recientemente, varios predicadores evangélicos famosos lo usaron para apoyar la decisión del Gobierno americano de invadir Iraq: los cristianos deben obedecer a sus gobiernos independientemente de lo que éstos hagan. Ahora bien, es evidente que este argumento cada vez convence a menos cristianos.

Pero, más allá de estos pasajes, hay cristianos que piensan que Pablo no simplemente yerra en cuestiones específicas de determinados versículos, sino que es un auténtico «saboteador» que distorsiona sistemáticamente el mensaje de Jesús. En varios libros, algunos escritos por especialistas, se sostiene que Pablo cambió la enseñanza y el mensaje *de* Jesús por un conjunto de doctrinas abstractas *sobre* Jesús, transformando así la religión *de* Jesús en una religión *sobre* Jesús. Para quienes así opinan, Pablo no yerra sólo en unos cuantos pasajes, sino en su totalidad. Jesús es el bueno y Pablo el malo.

Por nuestra parte, no compartimos estas visiones negativas de Pablo, aunque admitimos que estaba equivocado en determinados asuntos. Afrontar positivamente la figura de Pablo no significa apoyar todo lo que escribió.

Nosotros nos situamos entre quienes lo admiran. Lo vemos como un apóstol atrayente de Jesús, cuya visión de la vida «en Cristo» –una de sus frases favoritas– es notablemente fiel al mensaje y la visión del mismo Jesús. Al tener en cuenta las diversas circunstancias en las que desarrollaron su actividad –Jesús se dirige a judíos que vivían en la patria judía y Pablo a los judíos y los paganos de las ciudades del Imperio romano–, vemos emerger a Pablo como un apóstol fiel del Jesús radical que se convirtió en su Señor. Estamos seguros de que al encontrarse con este Pablo, muchas personas sentirán que se están encontrando realmente por primera vez con él.

4. *Encontrarse de nuevo con Pablo*

Comenzamos nuestro trabajo ubicando a Pablo en el tiempo y en el espacio. En el capítulo tercero abordaremos la vida de Pablo más detenidamente. Por ahora, presentamos algunos datos cronológicos, comenzando con Jesús.

Jesús nació en torno al año 4 a. C., posiblemente un año o dos antes. A finales de los años veinte comenzó su actividad pública y muy pronto fue ejecutado por la autoridad imperial romana, con toda probabilidad en el año 30 d. C.

No sabemos cuándo nació Pablo, pero lo más probable es que naciera en la primera década del siglo I. El fundamento de esta conjetura es simple: Pablo vivió, y además sin problemas de salud, hasta los años sesenta del siglo I. Es improbable que por entonces tuviera setenta u ochenta años. Así pues, Pablo y Jesús fueron casi contemporáneos, y Pablo no sería mucho más joven que Jesús.

Aunque ambos eran judíos, crecieron en contextos diferentes: Jesús en una aldea judía de Galilea, y Pablo en Tarso, una ciudad importante del Asia Menor (la actual Turquía). Jesús vivía en la patria judía. Pablo era un judío de la «diáspora», es decir, un miembro de las comunidades judías que vivían fuera de la patria.

La primera vez que oímos hablar de Pablo en Hechos se le menciona unos años después de la crucifixión de Jesús. En Hch 7 aparece en Jerusalén presenciando la muerte por lapidación de un seguidor de Jesús llamado Esteban, a quien conocemos como el primer mártir cristiano. La historia del martirio de Esteban concluye en Hch 8,1 con este lacónico comentario: «Y Saulo aprobaba su muerte». Saulo, que posteriormente, tras su conversión, cambiaría su nombre, estaba entonces, probablemente, en la veintena; en todo caso, estamos seguros de que no tenía más de treinta años.

La siguiente vez que oímos hablar de él es en Hch 9. Aún con el nombre de «Saulo», se nos presenta como uno de quie-

nes perseguían a los seguidores de Jesús. Posteriormente, tres años después de la muerte de Jesús, Saulo tuvo una experiencia que le cambió la vida: el encuentro con el Cristo resucitado cerca de Damasco o bien en la misma ciudad. Esta experiencia lo transformó: *Saulo,* el perseguidor de Jesús, se convierte en *Pablo,* el apóstol de Jesús ante los paganos.

Durante los veinticinco años posteriores, Pablo se dedicó a patear, por tierra y por mar, el Imperio romano oriental, sobre todo Asia Menor y Grecia, para terminar, finalmente, en Roma. Según la tradición cristiana, fue ejecutado en la ciudad imperial, con toda probabilidad a principios de los años sesenta.

En vida de Pablo aún no existían los evangelios escritos. El primer evangelio, Marcos, se escribió en torno al año 70, y los otros tres evangelios canónicos –Mateo, Lucas y Juan– en las últimas décadas del siglo I. Por tanto, las cartas auténticas de Pablo, que en su mayor parte se escribieron en la década de los años cincuenta, son los escritos más antiguos del Nuevo Testamento.

Teniendo presentes estos datos cronológicos, retomamos la cuestión de los fundamentos en que apoyamos nuestro modo de ver a Pablo y que desarrollamos en este libro. No son específicamente nuestros, pues son compartidos por la corriente dominante entre los especialistas de Nuevo Testamento; nos referimos, concretamente, a quienes enseñan en universidades y colegios universitarios que no son sectarios, así como también a los colegas que trabajan en los seminarios de las principales denominaciones.

Lo que diferencia a esta corriente dominante entre los especialistas de los fundamentalistas y otros especialistas de tendencia conservadora es que los primeros no parten del supuesto de que la Biblia es diferente a cualquier otro libro porque posee la garantía divina de ser inerrante e infalible. Más bien, consideran que la Biblia es un producto histórico que puede estudiarse lo mismo que otros documentos de la misma índo-

le sin que las convicciones teológicas cristianas determinen el punto de partida.

Se trata del enfoque que ha descrito el especialista católico contemporáneo John Meier, que comienza su estudio en varios volúmenes sobre el Jesús histórico pidiendo que nos imaginemos a cuatro historiadores bien competentes, todos especialistas en el estudio de los orígenes cristianos –un católico, un protestante, un judío y un ateo–, encerrados en una biblioteca hasta llegar a una declaración consensuada sobre Jesús. ¿En qué se pondrían de acuerdo? Pues, efectivamente, en aquellos aspectos sobre los que sus respectivas creencias no constituyeran un factor determinante. Tal vez, no sería mucho, pero, en todo caso, sería el cimiento para cualquier edificación posterior.

5. *Los tres Pablos*

Teniendo en cuenta este enfoque, podemos decir que son tres los cimientos que sustentan nuestra visión de Pablo. El primero es que no todas las cartas que se le atribuyen fueron escritas por Pablo –en el Nuevo Testamento hay más de un Pablo–. El segundo consiste en la necesidad de ubicar sus cartas en su contexto histórico, y el tercero reside en tener en cuenta que su mensaje –su enseñanza, su evangelio– se fundamenta en su experiencia de Cristo resucitado, experiencia que cambió su vida y la sostuvo hasta el final. Nuestra tesis es que comprenderemos mejor a Pablo si lo entendemos como un místico cristiano judío.

La corriente dominante en la investigación, desarrollada durante los dos últimos siglos, ha llegado a la conclusión de que algunas de las cartas atribuidas a Pablo no fueron realmente escritas por él. Por consiguiente, debemos agrupar las cartas en tres categorías.

En primer lugar, existe un gran consenso en que al menos siete cartas son «auténticas», es decir, en que fueron escritas por

el mismo Pablo. Entre ellas se encuentran las más largas (Romanos, 1 y 2 Corintios) y otras cuatro más cortas (1 Tesalonicenses, Gálatas, Filipenses y Filemón). Escritas en los años cincuenta del siglo I, con una diferencia entre ellas de uno o dos años más o menos, son los primeros documentos del Nuevo Testamento, ciertamente anteriores a los evangelios (recordemos que Marcos, el primer evangelio, se escribió en torno al año 70). Por consiguiente, las cartas auténticas de Pablo son los testimonios más antiguos que poseemos sobre lo que, con el tiempo, llegaría a ser el cristianismo.

En segundo lugar, casi todos los especialistas están de acuerdo en que tres cartas no fueron escritas por Pablo. Se trata de 1 y 2 Timoteo y Tito, que comúnmente se conocen como «la cartas pastorales» o simplemente «las pastorales». Los especialistas piensan que se escribieron en torno al año 100 o, posiblemente, una década después. Sus argumentos son dos: el contexto histórico parece posterior al que se refleja en las cartas auténticas y su estilo es completamente diferente a las primeras.

Así pues, las cartas a Timoteo y Tito se escribieron en nombre de Pablo varias décadas después de su muerte. En el caso de que algunos lectores piensen que se trata de un engaño o un fraude, hemos de advertirles que era práctica común en el mundo antiguo. En efecto, era una convención literaria de la época que también se practicaba en el seno del judaísmo.

En tercer lugar nos encontramos con las cartas sobre las que no existe consenso entre los especialistas, aunque la mayoría están de acuerdo en que *no* son de Pablo. En ocasiones denominadas las epístolas «disputadas», se trata de Efesios, Colosenses y 2 Tesalonicenses. Nosotros pensamos que son «pospaulinas» y que se escribieron, más o menos, una generación después de su muerte, a mitad de camino entre las cartas auténticas y las cartas pastorales más tardías.

Así pues, nos encontramos con tres «Pablos» dentro de las cartas que se le atribuyen. De poner nombre a estos «Pablos»,

llamaríamos al Pablo de las siete cartas auténticas *el Pablo radical.* Al de las cartas pastorales lo llamamos *el Pablo reaccionario,* pues el autor de estas cartas no desarrolla simplemente el mensaje de Pablo, sino que se le opone en cuestiones importantes. Como veremos en el capítulo segundo, en ellas apreciamos una fuerte adaptación a las costumbres de la época.

Resulta más difícil poner nombre al «Pablo» de las tres cartas disputadas. Si lo comparamos con las tradiciones culturales del Imperio romano, podríamos catalogarlo como un *Pablo liberal* –y, tal vez, demasiado liberal para estas tradiciones–. Pero si lo comparamos con el Pablo radical, entonces habría que considerarlo un *Pablo conservador* –y demasiado conservador–. Por tanto, preferimos denominar al autor de las cartas disputadas el *Pablo conservador.*

No pretendemos suscitar un debate sobre la pertinencia o no de usar términos como *radical, reaccionario* y *conservador.* Más bien, lo que pretendemos es subrayar que las cartas pseudopaulinas posteriores a Pablo son realmente antipaulinas con respecto a los principales aspectos de su teología. Como sostenemos en el siguiente capítulo, estas cartas representan una doma de Pablo, una domesticación de la pasión de Pablo para adaptarla a la normalidad del mundo imperial romano en el que vivieron él y sus seguidores.

No queremos complicar demasiado las cosas presentado a un cuarto Pablo, pero la naturaleza de nuestras fuentes lo exige. Como dijimos más arriba, casi la mitad del libro de Hechos está dedicada a Pablo. Obra del mismo autor que el evangelio de Lucas, el libro de Hechos se escribió aproximadamente a finales del siglo I, es decir, unos treinta años después de la muerte de Pablo.

La forma literaria de Hechos es completamente diferente a la de las cartas, puesto que se trata de un relato –que, por cierto, es el único relato que tenemos sobre Pablo en el Nuevo Testamento–. Se centra más en la actividad de Pablo que en su

mensaje. El relato nos cuenta por tres veces la historia de la conversión de Pablo como seguidor de Jesús; su triple viaje misionero; su arresto en Jerusalén, su encarcelación y sus comparecencias ante diversos funcionarios. A continuación, se le lleva a Roma como prisionero para que pudiera apelar al emperador. El libro de Hechos concluye presentándonos a Pablo bajo arresto domiciliario en la capital del Imperio y predicando el evangelio.

Puesto que Hechos no cuenta la muerte de Pablo, algunos especialistas han llegado a sostener que se escribió mientras que aún vivía, lo que implicaría una fecha no posterior a los comienzos de los años sesenta, como máximo. Pero esta hipótesis supone que el libro se escribió como una «biografía de Pablo», por lo que la explicación más plausible de que no se informe de su muerte es que aún no había muerto.

Ahora bien, la finalidad de Hechos, el plan del libro, es contar la historia de la propagación del evangelio desde Jerusalén hasta Roma (véase, por ejemplo, Hch 1,8). Así, Hechos concluye coherentemente con la predicación del evangelio por Pablo en la capital del Imperio. Si el autor hubiera terminado diciendo «Y luego en Roma fue ejecutado», tal final habría resultado, cuanto menos, un clímax narrativo desacertado.

Regresemos al tema de la posibilidad de usar Hechos como una fuente de información sobre Pablo. Existe un enorme desacuerdo entre los especialistas sobre hasta qué punto el retrato de Pablo en Hechos es coherente o completamente diferente con respecto al Pablo radical de las cartas auténticas. Hechos nos dice muchas cosas que las cartas de Pablo no dicen. No es algo que sorprenda o que sea particularmente significativo, dada la diferencia entre los géneros literarios. Sin embargo, cuando se da un solapamiento entre Hechos y las cartas, resulta que hay ocasiones en que Hechos converge con las cartas y otras en que no, lo que hace difícil evaluar la precisión histórica de Hechos cuando *no* se da el solapamiento.

Algunos especialistas piensan que pueden armonizarse perfectamente Hechos y las cartas. Otros sostienen que existen grandes diferencias. Debido a este desacuerdo, no usaremos Hechos como una fuente primaria sobre Pablo, sino como una importante fuente secundaria. Nuestra fuente primaria serán las siete cartas auténticas, que completaremos con Hechos cuando se vea pertinente. Abundaremos sobre esta cuestión en el capítulo 3.

6. *Contexto histórico*

Nuestro segundo cimiento es también compartido por la corriente dominante en la investigación. Se trata del fundamento de todo estudio histórico de textos antiguos; a saber, la importancia que tiene ubicar los textos en su contexto histórico. ¿Qué estaba pasando en aquel tiempo? ¿Cuáles eran las circunstancias que el autor afrontaba? ¿Qué significado tenían las palabras y alusiones del autor en su contexto histórico y literario? Sin tener en cuenta el contexto, podemos echar a volar nuestra imaginación y hacer decir al texto cualquier cosa.

Para contextualizar las cartas de Pablo, debemos tener en cuenta un conjunto de círculos concéntricos: el contexto de las comunidades a las que escribió, el contexto del primitivo movimiento de Jesús, el contexto del judaísmo y el contexto del Imperio romano.

Aunque conocemos la mayoría de sus cartas por el nombre de las ciudades, Pablo no escribe a éstas, sino a las pequeñas comunidades formadas por los primeros seguidores de Jesús que vivían en ellas: Tesalónica, Corinto y Filipos, en Grecia; Galacia, en Asia Menor, y la misma ciudad de Roma. La única carta auténtica que se dirige a un individuo, a Filemón concretamente, tiene también una intencionalidad comunitaria, pues estaba destinada a ser leída a la comunidad. El objetivo de Pablo al escribir cartas a las comunidades cristianas no era proclamar el mensaje de y sobre Jesús en su totalidad. Los destinatarios ya habían recibido las enseñanzas pertinentes.

Además, excepto en Roma, Pablo había intervenido en la creación y formación de estas comunidades. Escribía las cartas a gente que ya conocía, unas cartas que, en su mayor parte, respondían a las cuestiones o los problemas que se habían suscitado en estas comunidades durante su ausencia. Son realmente «conversations in context», por utilizar una frase del paulinista contemporáneo Calvin Roetzel; es decir, conversaciones en el contexto de la relación de Pablo con estas comunidades. Para entenderlas tenemos que situarlas en el contexto de esa conversación.

El *segundo círculo* concéntrico lo constituye el primitivo movimiento de Jesús, expresión que los especialistas usan para referirse a los seguidores de Jesús de las primeras décadas posteriores a su muerte. Al usar esta frase se reconoce que resulta anacrónico denominarles «cristianos», como si se hubieran convertido en miembros de una nueva religión distinta del judaísmo. Según Hch 9,2, se les conocía como los seguidores de «el Camino», es decir, el camino de Jesús. Sin embargo, a pesar del riesgo de anacronismo, habrá ocasiones en que los denominaremos «cristianos», «judeo-cristianos» o «pagano-cristianos».

Tras la experiencia dramática que Pablo tuvo del Cristo resucitado, se hizo miembro de este movimiento. Aunque Pablo conocía bastante todo lo relacionado con Jesús antes de su experiencia de Damasco, hasta el punto de hacerse perseguidor de sus seguidores, el hecho de que se convirtiera en un apóstol implicaba la necesidad de un mayor aprendizaje que recibió de quienes formaban parte del movimiento. Esto es lo que cabría esperar en su caso, y, de hecho, así nos lo cuenta el libro de Hechos. Además, Pablo se sostenía por su implicación comprometida en las comunidades cristianas. Como Peter Berger dice, Saulo se transforma en Pablo mediante un éxtasis religioso, pero sólo podía mantenerse como tal Pablo en el contexto de la comunidad cristiana. En cuanto apóstol, su anhelo era comunicar al gran mundo mediterráneo lo que el movimiento de Jesús implicaba tanto para los judíos como para los paganos.